

que de esta matanza extrae Victor Hugo?: «Lo que pasa en Serbia demuestra la necesidad de los estados unidos de Europa. Que a los gobernantes desunidos sucedan los pueblos fundidos». Pues bien, yo, sin ir más lejos, no sacaría con tanta alegría esa conclusión, en los términos propuestos por el gran poeta. Para empezar, ¿habría dicho lo mismo hoy, cuando es un musulmán —y de supuesta etnia oriental— el sacrificado, y no el cristiano y europeo serbio? Lo que Hugo postula es «una nacionalidad europea, un gobierno uno,... teniendo por ciudad y por capital a París; es decir, la libertad teniendo por capital la luz»¹⁴. En una palabra: se postula la consecución final de la idea jacobina y napoleónica, *por otros medios*.

Creo que ésta es la razón última del fracaso del sueño romántico de Europa. Y como siempre, podemos aprender más de un fracaso que de una realización. Me parece que no se ha parado suficientemente mientes en dos hechos fundamentales: en primer lugar, que el movimiento romántico, en sus mejores representantes, no ha pretendido la *realización fáctica* de sus ideales, sino que ha forjado un *mito*, una suerte de idea regulativa (*sensu kantiano*) que habría de dirigir, a través de los medios tortuosos de la «astucia de la razón», los pasos de los dirigentes europeos; en segundo lugar, que ese mito recoge el ideal del desaparecido sacro imperio romano germánico, a través de la mediación de la jacobina *république universelle* y del subsiguiente imperio napoleónico, cambiando los centros de poder o la concreción de ese sueño, en definitiva imperial, pero sin tocar un ápice los presupuestos básicos, que bien podrían ser denominados como *metafísicos*, a saber: la creencia en un todo (en los jacobinos, mecánico; en los románticos, orgánico) anterior y superior a las partes; *item* más, la creencia en una unidad (bien ilustrada, en el fondo) de base, que se va forjando subterráneamente sin hiatos, y que constituiría algo así como una *aurea catena gentium* en la que se enlazarían piramidalmente individuo, pueblo, nación (sin pasar por el Estado: ese «monstruo frío», ya se sabe), Europa, Humanidad, y en el que todo lo extraño y ajeno quedaría como *amenaza* (es constante en el movimiento romántico —y en sus secuelas, como en el Heidegger de la *Einführung in die Metaphysik*— la angustia ante la tenaza del Asia profunda y de la joven América), o bien como restos que habrían de ir integrándose, sea por las «luces» de una Francia transfigurada, por el influjo cristiano del imperio austrohúngaro o por la benéfica *Verschmelzung* operada desde el Papado. Europa se configuraría así como una *unidad vital* contra su propio pasado (Asia) o por temor a su propio futuro (América), o bien tendería a aglutinar esos componentes por la fuerza de un imperio-guía, religiosamente transfigurado. En este sentido, la reaccionaria Santa Alianza, que pretendía —no menos ilusoriamente— restaurar el *ancien régime* de las dinastías patrimonialistas sabía muy bien (mejor

¹⁴ *Ibid.*

que muchos marxistas de salón) contra quién luchaba, y dónde estaba realmente el enemigo.

Dejando aparte las toscas explicaciones psicologistas y aun psiquiátricas, de seguir las cuales los románticos habrían de ser vistos como verdaderos esquizofrénicos; y haciendo caso omiso de las no menos banales «explicaciones» de arribismo y oportunismo, ¿cómo dar cuenta desde luego del supuesto «cambio profundo» en las actitudes de los mejores pensadores románticos alemanes que, como Schlegel y Görres, por no hablar de Hölderlin¹⁵, habrían sido primero fanáticos jacobinos para acabar al servicio del príncipe de *Mitternacht*, o sea: de «Medianoche», como jocosamente lo llamaban los liberales? ¿Y del cambio en sentido opuesto por el lado francés: hombres como Lamartine y Hugo, al comienzo leales realistas católicos convertidos luego a la causa republicana de la democracia universal? ¿O Gioberti, en Italia, que pasa de *Il Primato* —el Primado del Papa, tras algún que otro disfraz— a *Il Rinnovamento*, con su cadena: Roma civil-Italia-Europa? Mi respuesta es la siguiente: no se trató de cambios (psiquiátricos u oportunistas) para adaptarse a una situación variable, sino de adaptación de esa situación a un mismo ideal inmutable de base: el ideal de una Europa en la que presuntamente no serían necesarias —contra las severas y prosaicas admoniciones de Hegel, tildado de «filisteo» y de «hombre de madera» por Schlegel— *instituciones estatales* para su unificación, viendo a éstas como nocivas o, en el mejor de los casos, como instrumento liberal transitorio para acceder a la verdadera comunión universal, una comunión *anárquica* (y aquí hay que buscar la enemiga del otro poder decimonónico: el socialismo, de estirpe hegeliana, contra los románticos) en la que, por gradaciones naturales, se podría pasar del singular al universal sin el engorro de lo *particular*, de ese «término medio» negativo en el que habrían de hallarse los dos extremos. Es en ese larvado *anarquismo* romántico (que no deja de seguir moviendo míticamente a las autodenominadas «nacionalidades» oprimidas) donde encuentro la razón capital del fracaso del sueño romántico de Europa. El mejor y más noble de esos espíritus lo declaró una vez sin ambages: *Wahrhafte Anarchie ist das Zeugungselement der Religion*, «la anarquía de verdad es el elemento generador de la religión», afirma Novalis en el escrito emblemático de todo el romanticismo político: *Die Christenheit oder Europa* (1799)¹⁶. Y lo que me resulta en extremo significativo es que esa anarquía vaya indisolublemente unida al ideal de una reunión «natural» de todos los hombres (vamos, de los hombres, una vez convertidos a Europa o la cristiandad) bajo la égida de un hombre superior, de un santo (laico o no, eso no importa) que congregue a los fieles bajo una misma creencia. Pero en esa idea *patriarcal* de un hombre o una entidad —no menos mística: el pueblo elegido— se esconde justamente el ideal

¹⁵ Véase la ilustrativa obra de P. Bertaux, Hölderlin y la Revolución francesa. Barcelona 1992.

¹⁶ En P. M. Lützel, op. cit., pág. 70.

revolucionario francés y, luego, el imperial napoleónico. Por eso, lo sepan (como lo sabían Heine, Hugo y Lamartine) o no (como lo olvidaron Hölderlin —*Ich will kein Jakobiner mehr sein!*—, Schlegel o Görres), los románticos son hijos (bastardos, si se quiere: el padre sería el genio herderiano de los pueblos) de la revolución, y Donoso Cortés no estaba en absoluto descaminado al unir en su odio visceral a jacobinos y románticos.

Veamos algunos ejemplos: «Yo lo juro, en el nombre de la fraternidad universal que vais a establecer; cada uno de vuestros combates será de hecho un paso hacia la paz, la humanidad y la felicidad de los pueblos». Esto no lo ha dicho un romántico, sino un Vergniaud, con ocasión de la «Fête de l'Humanité» celebrada por la Convención en 1792¹⁷. O bien: «El Oriente y el Occidente se abrazarán...» (uno cree poder terminar la frase, con Schlegel: en la migración germánica hacia Asia; pero no:) «...en el campo de la federación», dice el cosmopolita y neorromano Anacarsis Cloots en 1790¹⁸.

Pero es un Ugo Foscolo, que sabe superar poéticamente tanto el utilitarismo prosaico de la Ilustración como el idealismo encendido y vacío de la revolución, el primero (con Hölderlin) que sabe darse cuenta del signo *religioso* de los nuevos tiempos, de la nueva Europa: lo que en él alienta es la transustanciación de la relación entre el Dios trascendente y el individuo pecador, a través del odio (johánico y agustiniano) al mundo, en una Nueva Alianza: la de la humanidad y los individuos, hermanados sobre la piel de un monstruo vencido y parcelado. Por un lado, el pueblo, asociado en una unidad mística de distinciones. Por otro, la conquista y sujeción de la naturaleza mediante la ciencia y la técnica. Y sin embargo, asociación y conquista precisan de un mediador extraordinario, de un mesías redentor (al igual que el vislumbrado al final del llamado *Aeltestes Systemprogramm des deutschen Idealismus*) que habrá de comportarse como un déspota: «E vero, pur troppo! che il fondatore di una repubblica deve essere un despota»¹⁹.

El despotismo necesario propugnado por Foscolo se trueca empero enseguida en pesimismo: la justicia no existe sin la fuerza. Y la fuerza establece, aun sabiamente guiada, diferencias, disensiones, guerra. El ordenamiento pacífico de un pueblo, clave de la *pubblica utilità*, exige el estado general de guerra entre pueblos: un estado fundamental y perpetuo²⁰. Los valores reivindicados por la revolución (ley, justicia y paz) renacen, así; mas dentro de cada Estado-nación. Y ésta se quiere constituida por la unión de la monarquía y la burguesía: una unión que engendra la *generosa passione, l'amore della patria*, pero que se alza contra la temida reunión de los extremos divino y natural: la nobleza y la plebe. Justicia-fuerza, pues, ejercida *ad extra* y *ad intra*. Los hombres, que rebajan hobessianamente sus

¹⁷ En: *D. de Rougemont*, op. cit., pág. 170.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ Dedicatoria dell'Ode a Bonaparte libertatore (1797). En: *Opere edite e postume. Firenze 1850 s.*; IX, 293.

²⁰ Sull'origine e i limiti della giustizia. En: *Edizione Nazionale. VII, 168, 179.*